

Feminismo ¿liberación o esclavitud? Lic. Teresa Lozano Ramírez

Es indudable que la discriminación contra la mujer ha existido siempre: marginación, sometimiento a la prepotencia del varón, injusticia en el pago por su trabajo y descuido en su educación. Para poner fin a esas injusticias, que datan de milenios atrás, surgió el movimiento feminista. Este movimiento tiene su origen en el siglo XIX: comenzó como una reivindicación en pro de la justicia, la igualdad y el respeto de todo ser humano, sin embargo tenía como objetivo principal erradicar la discriminación contra la mujer.

Un nuevo feminismo

Este movimiento "idealista", que dio frutos en sus comienzos, tuvo cambios significativos en su dirección y objetivos, especialmente a partir del 1963 con la publicación del libro "El Mito de la Femenidad"; su autora, Betty Friedan, es considerada por muchos la fundadora del actual movimiento feminista.

Ella adoptó la filosofía del "yo primero"; propuso a las mujeres la idea de que sólo se podrían sentir "verdaderamente realizadas" y felices si lograban obtener triunfos fuera de su hogar, y que el ser esposa y madre era la más indigna y denigrante de todas las labores que podía realizar la mujer. Esta filosofía de vida cambió la forma de ver y valorar el matrimonio, la familia, el hombre y la mujer y, por ende, la sociedad.

Este feminismo llegó a la conclusión de que la mujer sólo podría lograr su máximo potencial si se liberaba de la "carga" de la maternidad. De acuerdo a esta impostación, que difiere mucho de las primeras feministas, el primer paso era que las mujeres aceptaran como prioridades nuevos objetivos materialistas y egocéntricos. En la búsqueda para eliminar todos los "obstáculos" para triunfar, las feministas pusieron la posibilidad de un embarazo, que podría interrumpir el logro de triunfos en el mundo de los hombres.

Rechazo de la maternidad

En una equivocada búsqueda de la igualdad con el hombre, la maternidad se convirtió para estas feministas en el mayor obstáculo, al ser ésta precisamente lo que más distingue a la mujer del hombre. A partir de lo cual, la sexualidad y la reproducción dejaron de ser consideradas como un regalo de Dios; los hijos pasaron de ser una bendición a ser una carga; el tener relaciones sexuales sin responsabilidad pasó a ser un derecho absoluto, demandando por tales motivos el "derecho" a la contracepción primero y, más tarde, al aborto a petición.

Negar la esencia de la mujer conlleva innumerables consecuencias en la sociedad: entre ellas están no sólo el alarmante número de abortos quirúrgicos o "silenciosos" por el uso de la píldora y el DIU, sino también el aumento incontrolable -que ha llegado a proporciones nunca vistas- de divorcios, delincuencia juvenil, adicciones, embarazos de adolescencia, homosexualismo, etc.

La Iglesia Católica ¿amiga o enemiga?

Es evidente que, en esta guerra contra los valores morales, las nuevas feministas se dirigieron particularmente contra de la Iglesia Católica, cuya firme oposición al aborto y su condena del homosexualismo constituyen el mayor obstáculo a los objetivos de las feministas.

La Iglesia Católica, según esta propaganda feminista, es la enemiga de la mujer. En realidad es todo lo contrario, pues la Iglesia siempre ha defendido a la mujer. Condena los anticonceptivos y promueve los métodos de planificación natural de la familia, precisamente para proteger la vida del no-nacido, así como la integridad física, emocional y espiritual de la mujer y la unión matrimonial.

Fue Jesucristo, el que primeramente le reconoció a la mujer su gran dignidad. Él perdonó a la adúltera, se apareció después de resucitado a una mujer que fue pecadora, la Magdalena; hizo su primer milagro a petición de una mujer: su Madre. Fueron mujeres las que lo acompañaron hasta el Calvario cuando casi todos sus apóstoles lo abandonaron. Fueron en mayoría mujeres las que formaron las primeras comunidades cristianas.

El verdadero feminismo

El verdadero feminismo reconoce plenamente la originalidad y dignidad de la mujer y no rechaza la maternidad, sino que la considera como el regalo más preciado que Dios ha otorgado exclusivamente a la mujer. Promueve objetivos nobles y desinteresados; construye la dignidad femenina y de la familia.

Como dijo Juan Pablo II, en el Documento de agosto del 1988 «Mulieris Dignitatem», la mujer no puede convertirse en objeto de placer y explotación, pero tampoco debe invadir el terreno propio del hombre, masculinizándose y apropiándose de las características masculinas, y haciéndose un marimacho. La igualdad de derechos de la mujer y el hombre no debe consistir en su masculinización, en deterioro de los auténticos valores femeninos. La identidad de la mujer no puede consistir en ser una copia del hombre; puesto que ella está dotada de cualidades y prerrogativas propias, que le confieren una personalidad autónoma, que siempre se ha de promover y alentar. La mujer debe ser femenina, y el hombre masculino. Cada uno tiene su tarea en la vida, en la reproducción humana y en el servicio de la Iglesia.

Hoy, más que nunca, tenemos que rescatar los valores en favor de la vida, del feminismo original, a diferencia del feminismo de los años setenta que apuntaba a la negación de la maternidad y a la imitación de los hombres; lo que ha impedido, de hecho, todo desarrollo de las cualidades y las contribuciones femeninas, así como la aplicación de políticas capaces de ayudar verdaderamente a la mujer.

La mujer tiene sus cualidades específicas que no debe perder y deben ser para ella de gran valor. La familia es el fundamento de la sociedad y sin verdaderas mujeres no es posible la familia.

De la Carta a la Mujer de Juan Pablo II

Te doy gracias, *mujer-madre*, que te conviertes en seno del ser humano con la alegría y los dolores de parto de una experiencia única, la cual te hace sonrisa de Dios para el niño que viene a la luz y te hace guía de sus primeros pasos, apoyo de su crecimiento, punto de referencia en el posterior camino de la vida.

Te doy gracias, *mujer-esposa*, que unes irrevocablemente tu destino al de un hombre, mediante una relación de recíproca entrega, al servicio de la comunión y de la vida.

Te doy gracias, *mujer-hija y mujer-hermana*, que aportas al núcleo familiar, y también al conjunto de la vida social, las riquezas de tu sensibilidad, intuición, generosidad y constancia.

Te doy gracias, *mujer-trabajadora*, que participas en todos los ámbitos de la vida social, económica, cultural, artística y política, mediante la indispensable aportación que das a la elaboración de una cultura capaz de conciliar razón y sentimiento, a una concepción de la vida siempre abierta al sentido del «misterio», a la edificación de estructuras económicas y políticas más ricas de humanidad.

Te doy gracias, *mujer-consagrada*, que a ejemplo de la más grande de las mujeres, la Madre de Cristo, Verbo Encarnado, te abres con docilidad y fidelidad al amor de Dios, ayudando a la Iglesia y a toda la humanidad a vivir para Dios una respuesta «esponsal», que expresa maravillosamente la comunión que Él quiere establecer con su criatura.

Te doy gracias, *mujer*, ¡por el hecho mismo de ser mujer! Con la intuición propia de tu feminidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas.